

Desahuciada número 1348 ¡nunca más!

María Lourdes Flores Navarro

Orizaba, Veracruz, 1943. Eran casi las seis de la tarde, llovía mucho y así nací, entre llanto y lluvia.

Mi madre, Esperanza Navarro Domínguez, apenas con veintiséis años, lloraba desde hacía nueve meses, cuando se enteró de que estaba nuevamente embarazada, pues ya había traído a este mundo cuatro niñas —una ya fallecida—; yo era la quinta.

Había pasado un mes desde mi nacimiento, cuando una vecina —por cierto muy católica— de nombre Ana María García, le sugirió a mi madre que me bautizaran y se ofreció para madrina. Ella escogió el nombre: María de Lourdes. Mi padre, Cristóbal Flores López, no estuvo en mi bautizo. Se encontraba en Chiapas, huyendo, pero con guardaespaldas.

Ya casado con mi madre, únicamente por la Iglesia, negó la familia que tenía y, obedeciendo a su padre, se casó por lo civil con Bertha, una señorita nada agraciada, según dicen, pero del mismo nivel económico que mi abuelito.

Pueblo chico, infierno grande, reza el refrán. Pronto le comunicaron a la familia de Bertha la perfidia de mi padre. La madre de Bertha fue a desengañarse a la casa donde vivía mi madre, ya embarazada de mí y con mis tres hermanas: Gudelia, Gloria y María Luisa. Platicaron. La señora le prometió a mi madre que mi padre regresaría a su hogar después que retornara de su luna de miel. El padre y el hermano de Bertha, en cambio, lo querían matar, razón por la cual mi abuelo movió sus influencias y lo enviaron a Chiapas como comisionado del Reparto Agrario. Hasta que se cumplió el año, plazo que marca la ley, se divorciaron Bertha y él. No hubo descendencia.

Desde que se casaron mi madre y mi padre, el que sostuvo la casa y todo lo inherente a ella fue mi abuelo paterno. Le puso tres

negocios a mi padre, mismos que atendía mi madre, pero que se vinieron abajo entre los hijos, el maltrato y las francachelas de mi papá.

Mi abuelito fue un hombre muy trabajador, que hizo una muy considerable fortuna entre el comercio y sus doce fincas muy rentables. Estaba casado con doña Gabina Sánchez, también de buena posición económica, y no tuvieron hijos.

Mi abuelo, al querer tener un heredero, encontró entre sus inquilinas a una señorita llamada Ricarda López Ortega, perteneciente a una familia recién llegada de Huajuapán de León; eran varios hombres y mujeres, de tez blanca y ojos claros, muy alegres y tocaban la guitarra. Mi abuelo iba a cobrar la renta de los López y engatusó a mi abuela Ricardita, quien le dio tres hijos: al primogénito (mi papá) y a mi tía María se los pedía siempre con engaños y se los llevaba a mi abuela Gabinita, y con esas salidas se los quitó. Mi abuela Ricardita, ya embarazada del tercer hijo, fue a reclamar a sus dos hijos ante un juez, pero como era amigo de mi abuelito, éste negó tanto a mi abuela como al hijo que ya venía en camino. Dijo que sí era su inquilina, pero que tal vez ella pretendía su dinero.

Mi padre creció con su madrastra, creyendo que era su madre. Así vivió en esa casona lúgubre donde lo más valioso era el dinero. Estudió piano y violín. Había tres pianos Petroff y un violín; por cierto, no le agradaba estudiarlo y lo tenía manchado con sus lágrimas. No terminó su carrera de ingeniero.

Mi papá conoció a su mamá biológica a los dieciséis años, pero no la aceptaba del todo porque mi abuelito se encargó de decirle que ella lo había abandonado porque tenía los dedos de los pies deformes; dicen que son estigmas sifilíticos, ha alcanzado hasta la tercera generación; esto es por parte de mi abuelo Próspero.

A mi tía María la enviaron a estudiar con una muy conocida familia de la sociedad del Distrito Federal. Dicen que la obligaron a dejar al único novio que tuvo, por órdenes que mi abuelo le dio a mi papá para que lo apartara y dejara a mi tía.

Mi tía María era muy joven y bonita, pero siempre estuvo vigilada y no salía. En casa de la familia adonde mi tía llegó vivía una lesbiana mucho mayor que María, y ésta se inclinó hacia ese género, aunque después de varios años de convivencia lésbica se enamoró y tuvo dos hijos con un conocido doctor.

Mi abuela Ricardita se casó con un rico comerciante de buen corazón, quien reconoció como hija a mi tía Juanita, que lleva el apellido de su padrastro.

En la familia de mi madre, mi abuelito, el doctor don José María Navarro, se casó con doña Manuela Domínguez Rodríguez y procrearon dieciséis hijos; ocho varones y ocho mujeres, famosas por bonitas, y ellos muy apuestos. Según me contó mi madre, los educaron con valores morales y, aunque era una familia bien, no tenía el poder económico de mi abuelo Próspero. Razón de peso por la que nunca quiso a mi madre, aunque sí quiso besarla.

Los recuerdos de su niñez eran maravillosos. Nos contaba mi mamá que fueron muy felices pues en esa casa se respiraba amor y armonía, nunca vio a sus papás discutir; hablaba mucho del cariño de sus padres hacia ellos. Aunque sufrieron la pérdida de varios hijos, para todo había una solución. Las costumbres sefardíes de mi abuelo casi se perdieron, quedan vestigios. Yo no tuve la fortuna de conocer a mis abuelos maternos, pero sé que eran de clase distinguida. Cuando mi mamá me relataba esto, yo no comprendía y me daba una especie de enojo.

Ella fue la número quince, muy bonita, le decían “ojos de clavel reventón”; se casó muy joven, a los diecisiete años. Tuvo muchos pretendientes, y mi padre me dijo que se casó con ella por bonita. No se casó por amor. Él tenía diecinueve años, y antes que lo mandaran a estudiar al extranjero, prefirió casarse a escondidas con mi madre, ya que le era insoportable vivir en la casona, donde hubo incestos, medios hermanos y un acendrado despotismo de mi abuelo, al que, por cierto, NUNCA vi sonreír.

Recuerdo muy bien que le molestaban los ruidos, pues un día que mi hermana Yolita y yo andábamos corriendo por su casa —seguro fuimos de visita—, nos amarró con una cuerda a una estaca que tenía en su taller de carpintería y ahí permanecemos viéndolo trabajar muchas horas. Mi mamá no se encontraba, pero de cualquier forma, ella no tenía ni voz ni voto. No recuerdo quién nos desató.

Ocurrió en Martínez de la Torre, Veracruz, contaba con tres años y mi mente ya empezaba a registrar hechos. Era una casa grande con jardín al centro y un plátano al lado, donde solía enterrar los juguetes que me robaba de una niña con la que jugaba. Un día vi mucha gente que me rodeaba y me preguntaba: “¿Dónde están los juguetes que sacas de la casa? Cuando te quitas tus zapatitos, yo me hago el dormido —dijo el ingeniero— y veo que abres la puerta de los juguetes y te los llevas”. No recuerdo si tuve miedo, pero mi hermana Gloria, cinco años mayor que yo, me sacó la verdad y desenterré los hermosos juguetitos. En realidad no sé por qué los enterraba, si no podía jugar con ellos. Los recuerdos que tengo de mi madre son más bien vagos, tristes, siempre buscando a mi papá.

Mi padre portaba pistola, seguía en el movimiento del reparto de tierras y le llamaban Ingeniero o Jorge Negrete, por su gran parecido con el actor, y más cuando usaba sombrero. Las mujeres lo asediaban mucho.

Me contaron que un día mi madre, harta de tanta infidelidad y maltrato, tomó la pistola de mi papá y quiso quitarse la vida. En el forcejeo, hirió a mi abuela Ricardita en un brazo. Mi padre tuvo que acudir a un doctor amigo suyo para no dar parte a la policía; así la curaron, pues sólo fue un rozón en su brazo.

El fallecimiento de mi hermana María Luisa me afectó mucho, el cáncer la invadió cuando sólo tenía siete años. Yo jugaba con ella, y al no tenerla más, yo no quería comer. Como no entendía el significado de la muerte, eso me hacía sufrir mucho.

Mi mamá dio a luz a mi hermana Yolanda, que nació en la casa: vi al doctor y de puntitas espíe por el cerrojo, que era de llave grande, pero sólo escuché que lloró un niño. Salió el médico y mi papá, que ayudó en no sé qué al parto, tal vez por eso mi hermana fue su consentida; además se parece físicamente a él. Cuando entramos, pregunté cómo había llegado esa niña, y me dijeron que el doctor la traía en el maletín. No sé cuánto tiempo más vivimos en Martínez de la Torre.

Después nos trasladamos a México, porque mi abuelo le compró una tintorería a mi papá en la colonia Roma, en la calle de Álvaro Obregón, se llamaba La Pirámide y dicen que ya gozaba de prestigio. Teníamos carro, camioneta y chofer para repartir la ropa, pero que mi papá utilizaba para su uso personal.

Para ese entonces, ya me daba cuenta del maltrato de mi padre hacia mi mamá, golpes a cualquier hora, y todas nosotras temblábamos como hojas. No decía malas palabras, sino que repartía golpes y humillaciones; no sé qué tanto se gritaban. Empecé a orinarme por las noches. La dichosa tintorería fue un fracaso, pues no se atendía como debía ser. Mi abuelo la vendió, y le "levantó la canasta" a mi papá. Lo presentó con amigos suyos en el Distrito Federal que le dieron trabajo de vendedor comisionista de una muy prestigiosa compañía transnacional, sólo que tuvimos que mudarnos a vivir a Guadalajara, Jalisco.

La vida continuó sin cambios, golpes y humillaciones, mujeres, borracheras; en fin, era un infierno cuando él estaba en casa, porque cuando viajaba, era diferente, aunque se sentía su presencia. Mis noches seguían húmedas, no deseaba que llegaran, temía dormirme, pero el sueño me vencía. Mientras soñaba con un mundo de fantasías hermosas, el despertar era un martirio, la mancha del orín era enorme, casi como el regaño. Las nalgadas eran húmedas, lloraba, me sentía sucia y culpable. Mi mamá siempre me decía:

“¿Cuántos colchones más vas a echar a perder?” Me llevaron al doctor, pero antes de entrar la recomendación fue: “No le vayas a decir al médico que tu papá me pega”. Y así se ocultó la verdad que se vivía en la casa.

A mi papá no había que mirarlo a los ojos ni contradecir nada de lo que decía. Recuerdo que una vez me dijo: “Cuando yo le diga a usted que esto es blanco, es porque es blanco, aunque sea negro, ¿entendió?”. Solamente nos hablaba de usted cuando se enojaba. Muy pocas veces se dirigía a nosotras, es más, no recuerdo haberlo tocado nunca, ni él a mí en forma cariñosa, por supuesto. Yo soñaba con que un día alguien me dijera: “Mira, éste es tu verdadero papá”, ya que pensaba que él era mi padrastro.

Así, entre orines y nalgadas pasaron los años hasta que llegó mi menstruación y con ello el fin de mi martirio. Pero muy pronto empecé a padecer de estreñimiento e hinchazones; aunque no generalizadas, sí eran dolorosas.

Recuerdo que mi mamá se arreglaba muy elegantemente, usaba zapatos de tacón muy alto y tenía unas piernas muy bonitas. Ella era de mediana estatura, blanca, ojos grandes y muy expresivos, nariz afilada, barba partida y pelo castaño oscuro y ondulado. La piropeaban mucho y yo sentía celos. Mi mamá nos decía que mi papá era muy celoso; hubo veces en que le pegaba sólo de imaginarla con alguien más. Mi madre siempre nos dijo que NUNCA nos casáramos con alguien celoso, que era un martirio. Y así fue, nadie tuvo maridos celosos.

En el lapso de esos años, nacieron mis dos hermanos con diferencia de cinco años cada uno; decían que teniendo varoncitos la conducta de mi padre cambiaría. Mentira, no fue así. Cuando nació mi primer hermano, Cristóbal, mi padre lo negó y, por consecuencia, hubo tremendo pleito. Siempre lo maltrató. Para mí era un sufrimiento ver cómo le pegaba y la manera en que se dirigía a él; mi hermano se parece a mi madre y a mí. Ricardo es el nombre de mi segundo hermano. Cuando mi padre lo vio, dijo:

“Éste es el hijo de mi carro nuevo”. Esos dos embarazos, que sí viví, fueron de golpes, gritos, amenazas, y si queríamos defender a mi mamá, nos aventaba y profería amenazas muy crueles. A mi hermana la mayor, por ejemplo, le decía que le rompería los lentes —que usaba por su miopía— ¡sobre sus ojos!, y a mí siempre quiso marcarme la cara “para que recordara toda la vida quién era su padre” (sic).

A los pocos meses recibimos un telegrama que anunciaba el fallecimiento de mi abuelito Próspero y le avisamos a mi papá, que estaba de viaje por Ciudad Obregón. Lo vi llorar, y entre mi mamá y él decidieron, para mi desgracia, que yo lo acompañara a Orizaba al sepelio —que no lo alcanzamos— y, por supuesto, a tomar posesión de la jugosa herencia, ya que él fue el heredero universal.

Estuvimos en la casa de la familia Alonso Navarro. Mi tía Justina era una de las mayores y conocía muy bien quién era mi padre. Él andaba entre abogados amigos suyos y notarios y yo me encargaba de darle su desayuno o cualquier alimento si lo veía, y de lavarle su ropa.

Los meses que pasé ahí fueron muy tristes; extrañaba a mi madre, a mis hermanos y mis muñecas, aunque tuve el cariño de mi tía, de mis primos la Nena y Pepe y de mi tío Severino, español él, que era serio, pero bueno. Familia muy rica en todo. En esta casa, cada domingo se reunía la primada, casi todos de la misma edad, se jugaba, se iba al cine, se cenaba, se servían las comidas más ricas y todos sonreían entre las pláticas de los adultos sobre los acontecimientos de la semana o de otros tópicos, pero cuando aparecía mi papá, yo temblaba de pavor. Delante de ellos me pegaba, no me dejaba acompañarlos, pero a ellos los acariciaba; yo no podía soportar ese contraste entre el cielo y el infierno.

Se murmuraba que salía con mujeres y que por eso no me daba permiso de salir, para que no lo viera. Fueron meses de agonía y

enfermé. Mis piernas y mis pies se hincharon hasta casi sangrar, porque la piel ya estaba muy estirada. Mi papá me llevó con un doctor amigo suyo, pasé por análisis varios, me dieron medicina y ordenaron mucho reposo. El doctor Martínez le dijo a mi padre: "Cristo, ten cuidado, tu hija no es sensible, es hipersensible". Tuvo que cargarme para subir al auto, ya que el edema era tal que no había zapato que me entrara. Después de algunas semanas, la hinchazón bajó, y cierto día llegó mi papá y me entregó un fajo de billetes y me dijo que preparara las cosas para regresar a Guadalajara.

A mí se me salía el corazón, ya no esperaba con ansias las cartas que mi madre me escribía y en las que me enviaba diez pesos para mis gastitos, mismo dinero que mi papá me recogía.

Por fin llegamos a Guadalajara, y yo le conté a mi mamá con pormenores que mi papá me quitaba el dinero, que me humillaba delante de mis primos, que salía con miedo y que había dado a lavar unas camisetas y camisas con alguien porque estaban manchadas de lápiz labial. Esto se lo reclamó mi mamá y a mí me fue horrible; me castigó por mucho tiempo en el cuarto de la azotea, sin poder bajar; mi hermana Yola me subía la comida a escondidas cuando él estaba. Pasó ese mal tiempo cuando salió de viaje.

Yo seguía con mis males. Un día enfermó mi hermano Ricardo y yo quería salir con una amiga. En ese momento mi mamá me pidió que le sostuviera una cuchara llena de medicamento que le daría a Ricardito, pero se la arrebata, se regó la medicina y mamá lloró. Al llegar mi papá, le reportó el hecho y éste me llamó, se encerró conmigo y con su cinturón me pegó hasta perder casi el aliento por la furia que tenía. Yo casi desfallezco, no podía verme la espalda, pero mi hermana que me curaba, decía que casi brotaba la sangre, sólo podía dormir boca abajo y seguía castigada en la azotea, "sin poder bajar" fueron sus órdenes. Me salía y caminaba por esa azotea e imaginaba que era artista y filmaba mis propias películas. Me evadía.

Mis hermanas mayores, Gudelia y Gloria, trabajaban en oficinas. No les permitía tener novio ni se mencionaba el tema, pero sí lo tenían a escondidas de él. Yo casi no salía, pero solía tener mis pretendientes, aunque les tenía miedo. Un día me atreví a dar el sí a un chico muy guapo de muy buena posición. Nos hicimos novios a escondidas. Una tarde noche iba yo con Daniel, y mi hermana Gloria con su novio atrás de mí, cuando vimos una luz muy fuerte que nos alumbró por detrás a los cuatro. Era mi papá en su carro con faro buscador que nos descubrió. Yo me hice pipí. Él dijo: "Súbanse". Y subimos mi hermana y yo. Al llegar a casa, fueron golpes en contra de mi mamá, un pleito espantoso. Nos pidió que les dijéramos a esos individuos que fueran a hablar con él. Así se hizo. Se vistieron de traje y llegaron los tres; también el de mi hermana la mayor. Se quedaron en la sala con él, y después de un rato, eterno para nosotras, salieron calladitos, pero bien. Nos mandó llamar para decirnos que contábamos con media hora para platicar con los novios.

Esto no duró mucho tiempo, porque ya con tal herencia, dejó de viajar. Le concedieron una representación del tequila Orendáin para el estado de Veracruz, y emigramos a Córdoba. Fue mi papá el que eligió radicar ahí por la cercanía con Orizaba, y así, según él, poder administrar las propiedades. No fue así. Contrató a un administrador, el señor Eliud.

El fraccionamiento San José al que llegamos era el mejor y ya tenía conocidos. Nos presentó y nos recibieron como cachorras del Club de Leones, al cual pertenecía desde hacía años. Todos ignoraban cómo era él en casa. Siempre nos decían: "Qué hermoso papá tienen, nos cae muy bien". Era candil de la calle y oscuridad de su casa, pero no podíamos ni debíamos decir nada, sólo aceptar tal aberración.

Hicimos amistades y tuvimos muchos pretendientes. Gudelia, Gloria y yo seguimos con los novios tapatíos. Yo recibía de mi novio cartas en sobres color de rosa y dentro una flor de nardo

bello. Un día avisaron que venían a visitarnos de Guadalajara a Córdoba. Mi papá accedió. Se hospedaron en la casa y, a los pocos días de estar ahí, lo que tenía que pasar pasó: presenciaron un tremendo pleito y tuvieron que intervenir para “detener” los golpes, ¡qué vergüenza!

Mi hermana Gude, la mayor, y su novio Rubén que se graduó como abogado, se casaron y se fueron a vivir a Tepic, Nayarit. Triunfó en su carrera, tuvieron cuatro hijos, dos hombres y dos mujeres. Gloria no se casó con su novio ni yo con el mío.

La concesión del tequila fracasó, mi padre no lo atendía como debía ser. Hacía mucha vida social. Seguían los grandes pleitos, golpes y la amenaza de mi padre de matar a mi mamá poniéndole la pistola en la sien y que luego él se mataría. Para esto, nos mandaba llamar y nos hacía ver la escena. En ese momento yo quedé muda, mi brazo izquierdo se me “durmió”, me hormigueaba, me puse pálida y casi no podía caminar. Todas lloraban. Recuerdo que me acostaron, me dieron a oler alcohol, me sobaron el brazo y me compuse, pero quedé mareada y me sentía anímicamente muy mal.

A partir de ese momento, mis hermanas decidieron hacer guardia fuera de la recámara donde dormían mis papás, para cuidar que mi papá no matara a mi mamá. Lo peor de todo es que sufríamos mucho por lo que presenciábamos y por el exagerado amor a mi mamá. Para nosotros, ella sufría tanto o más que nosotros, y mi papá era el verdugo.

Casi llegó a matarnos a todos, incluido él mismo. Cuando veníamos de Orizaba a Córdoba, se disgustaron mis papás. Él venía manejando y dijo: “Ahorita nos matamos todos”, y aceleró. Como había curvas, nos alcanzó a rozar un camión cargado de caña, el espejo retrovisor izquierdo se rompió y me alcanzó a pegar un pedazo de vidrio. Sangré de la frente. Ni muertos ni nada, pero todos llorando y, para variar, muy espantados. Al llegar a la casa siguió el pleito. Y de nuevo otro cambio, ahora de Córdoba a la capital del país.

Llegamos a vivir al Distrito Federal en la colonia Del Valle. Entonces era muy bonita la capital. La casa era de dos plantas, con un pequeño jardincito interno y otro más grande que daba a la reja, donde había una hiedra, y estaba la cochera; era bonita la casa. Tenía una ventana en la recámara de mis papás que daba a la calle; otra, que tenía un pequeño balcón en el cuarto de mis hermanos, y una muy grande, con un clóset vestidor, en la habitación donde dormíamos las tres mujeres aún solteras. Yo seguía con mis hinchazones, pero ahora se generalizaban a todo el cuerpo y más en piernas y pies. Mi mamá me llevó a ver a un médico internista, maestro de mi primo que estudiaba medicina, por recomendación de éste. La consulta fue casi inmediata. Después de estudios, diagnosticó una inflamación crónica en el riñón, pero que no era para alarmarse. Luego de varias consultas, un día nos acompañó a la casa a mi hermana Yolanda y a mí, y terminó siendo mi novio.

Siguiendo el protocolo de siempre, mi papá dio el permiso. Mis hermanas Gloria y Yola salían con sus pretendientes.

Con tantos cambios de ciudades, truncábamos los estudios y, para continuarlos, teníamos que esperar el ajuste del calendario escolar de cada ciudad. Gudelia estudió secretariado, Gloria truncó la Normal, Yolanda estudió secundaria y parte de secretariado, ya que tuvo bocio muy notorio en el cuello, la operaron y ya no quiso estudiar. Yo sí quería seguir en la escuela, pero mi papá no. Decía que eso lo hacía para “estafarlo”, me pegó, me humillaba, decía que “yo no sabía pensar ni debía, porque aún no tenía la edad para ello”. A mi mamá nunca la bajó de estúpida. Cualquier intento de superación era saboteado por él: “Que se pongan a trabajar estas niñas, que produzcan algo”.

Yo presentaba alteraciones en mi sistema nervioso. Me llevó con un psiquiatra sobrino de él y empezaron a darme calmantes y aplicaciones de gas CO₂; era horrible.

Empezamos las tres a trabajar en una tienda departamental de prestigio. Las aportaciones a la casa eran normales. Mi papá seguía con su enfermiza conducta de tirano. Él seguía trabajando y vendía una a una las fincas, pues los médicos y hospitales eran muy costosos. Así me lo hicieron saber.

Hubo un pleito horrible con mi mamá, y mi hermana Gloria quiso intervenir para separarlos. Mi papá trató de ahorcarla y yo perdí la noción del tiempo, no podía hablar, lloraba sin cesar, temblaba, me azotaba, no tenía control de mí. Llamaron a mi primo el psiquiatra y me dio algo para calmarme. Me remitió con otro psiquiatra.

El que era mi novio no sabía todo lo que pasábamos. Pasó algún tiempo y me pidió en matrimonio. Mi papá, feliz, no puso "peros". Se hicieron los arreglos de la boda. Mi vestido me parecía hermoso. Toda la ilusión enmascarada de una joven de diecinueve años; él con treinta y ocho años bien vividos.

Se llegó el día esperado por mí, pero él nunca apareció. Yo no sabía qué hacer. Llamaba por teléfono a su casa y nadie contestaba. Los invitados, incómodos, sin saber qué hacer. El sacerdote no podía esperar más, pues seguía otra boda. Nos retiramos del templo. Llegué y me quité el vestido, lo puse en su caja. Regalos por dondequiera, se sentía un silencio que gritaba, yo acariciaba mis regalos sin abrir y empecé a llorar mucho. No dormí. Al otro día llegó un mensaje que decía: "Perdón, al menos tuviste un vestido de novia, que es con lo que sueñan todas las mujeres. Tú estás confundida, lo que necesitas es un padre. Te deseo lo mejor".

Después comprendí que tal vez por ser médico sabía que algo andaba mal en mí.

Me fui a pasar una temporada con mi hermana Gudelia a Tepic, no sé cuánto tiempo, y luego regresé al lugar de los hechos. Y todo seguía igual. Las agresiones de mi padre no tenían fin. Cada día empeoraba mi sistema nervioso; las crisis se agudizaban después de cada pleito, hasta que un mal día perdí el control y la noción de

todo. Cuando volví en mí, estaba con camisa de fuerza en una celda, con un tragaluz en lo alto, era el Sanatorio Psiquiátrico Falcón. Ahí me perdí en el tiempo. Grité y abrieron la celda. Me inyectaron, me retiraron la camisa de fuerza, me hicieron unas preguntas que no recuerdo bien, y volví a dormir por el sedante.

Pasaron días y yo seguía en la celda. Me sacaron al pasillo, había más celdas con mujeres, unas sedadas, otras que hablaban cosas que yo no entendía. Me llevaron al baño, me duché con agua fría. Quería verlo todo, pero mi vista era borrosa, algo me decía que yo no debía estar ahí; pedía ver a mi mamá y nadie me hacía caso. No sé qué día llegó el doctor Villanueva y con mucha energía me preguntó si sabía dónde estaba. Le dije que sí, que por favor me sacará de ahí. Me le hincué y le supliqué. "Si se porta bien, tal vez la visiten", se dio media vuelta, se fue y me dejaron en la celda.

A diario me daban pastillas y me inyectaban sedantes. Me despertaban para el desayuno la comida y la cena. Era horrible, porque la comida no me sabía. Me la daban en vasos y platos de peltre o plástico; no sé bien, pero nunca cuchara para que no me dañara. Los enfermos vagaban con los trastes, otros lloraban, unos más hablaban incoherencias.

Finalmente, un día me llamaron por el número 1348, que llevaba marcado en mi ropa. Me dijeron: "Apréndetelo bien, para que sepas que ese número eres tú". Ese día vinieron por mí mi madre y mi hermana Gloria.

Me sacaron de ahí y me llevaron a casa. En el camino casi no hablaban, yo cabeceaba, pero quería contarles mis experiencias. Llegamos y me acostaron. Me inyectaron y dormí. Cuando desperté, me dijeron que me bañara, pero me acompañaban. Nunca vi a mi papá, estaba de viaje.

Pregunté como pude cuánto tiempo había estado fuera. Me dijeron que eso no importaba, pero no se dieron cuenta de que me vi al espejo del tocador y exclamé: "¡Mi pelo ha crecido!", y

se voltearon a ver. Fui recuperando fuerzas, para no dormirme todo el día. El doctor les había indicado que el cuerpo se tenía que acostumbrar al Largactil de 300 mg tres veces al día y a la inyección de Sevenal. Me acostumbré. Iba a las consultas con el doctor, me hacía preguntas de cómo me sentía, qué pensaba, qué recordaba, y me aconsejaba que hiciera algo productivo para mí, le dije que estudiaría. Me inscribí en la Escuela de Diseño, de Artes y Oficios. Me encantaba, era buena para el diseño, todo lo de creatividad, me ilusionaba el estudiar. Mi padre ya no me decía nada, ni fu ni fa. Mis hermanas seguían sus vidas, trabajando y, cosa rara, cuando nos llevaban serenatas a las tres, y muy seguidas por cierto, él no decía nada.

Un día salí por la tarde con mi hermana Yolita a dar una vuelta cerca de la casa. Hacía mucho aire y se nos antojó comprar una jícama con chile piquín. Llegamos gustosas a la casa, pero no nos percatamos de que el aire nos había despeinado un poco y que traíamos los labios rojos con manchas alrededor de la boca por el chile. Para nuestra sorpresa, en la entrada de la casa estaba mi papá. Me semiparalicé y dije buenas tardes. A gritos me preguntó, sólo a mí, que de dónde venía, por qué estaba desaliñado mi pelo, por qué estaban despintados mis labios... y me abofeteó. Se armó una pelea muy fuerte entre mis papás. Yo no podía escuchar esos golpes sordos, huecos, ese estruendo de empujones, y recaí, más fuerte que nunca. A gritos y a rastras, me subieron y llamaron al "famoso" doctor Villanueva. Yo no soportaba la reacción de mi cuerpo, no podía controlarme ni con el medicamento; mi llanto no cedía, no hablaba, no dejaba que me tocara nadie, gritaba, me arrinconaba —todo esto me lo relataron después—, y sólo me calmaba cuando olía a mi madre. Hasta la fecha el olor de su piel es inolvidable, aun cuando ya se fue de esta tierra.

El doctor Villanueva me envió con el afamado doctor Ramón de la Fuente, psiquiatra, y estuve en tratamiento con él. Mi mamá

y mi hermana Gloria le contaron mi caso, porque yo no tenía control de mis manos, ni de mi cabeza ni del habla y siempre estaba llorando.

No sé cuánto tiempo estuve así ni me lo quisieron decir, pero sé que también ellos sufrieron junto conmigo. Yo oía, pero no podía hablar, y dicen que había veces que entraba en un estado como semejante al autismo. Medicinas iban y venían y estudios, desde extraerme líquido cefalorraquídeo, radiografías de cráneo, electroencefalogramas, junta de médicos, diagnósticos diferentes que iban desde la epilepsia, la hidrocefalia hasta la esquizofrenia o la locura, según fuera el médico tratante.

A mi madre le regalaban muchas estampas de santitos, y unas monjitas me dieron un escapulario con el corazón de Jesús; en fin, todo lo que representara un símbolo de la fe en algo o en alguien. Me dormían, me despertaba y así hasta que un día, cuando mi hermana fue a recoger unas radiografías o análisis al consultorio del doctor de la Fuente, este le dijo: "Señorita, todos ustedes tienen que ser muy fuertes. Su hermana está desahuciada por la ciencia médica. Deben internarla en algún hospital de por vida y olvidarse de ella, ya que puede dañarlos a todos ustedes. Y si llega a vivir, será inservible para la humanidad". Mi hermana de seguro hizo algunas preguntas tratando de encontrar un rayo de esperanza. Dice que cuando salió del consultorio, iba llorando y quería "echarse a las ruedas de un carro".

Al llegar a casa llamaron al doctor Villanueva y le contaron que el doctor De la Fuente, después de varios estudios, había llegado a una conclusión terrible para todos. Imagino lo que debieron haber sentido.

Yo estaba muy mal —dicen— y me llevaron al Falcón. El doctor me metió con los "carceleros" a la celda, me aventó contra la pared por la resistencia que yo oponía, y me gritó amenazante: ¡no lo olvide, nunca más volverá a ver a su madre!, cerró la celda, y me quedé tirada. Me levanté, me recosté, se abrió la celda, otra inyección y dormí.

Cuando desperté, estaba atada a la cama, inmovilizada y, junto a mí, una monjita que me acarició la cara y me llamó Rosa. Le dije que ése no era mi nombre y dijo: "Pero yo te veo cara de Rosa". No sé qué hablamos. Yo preguntaba, ella me acariciaba y me pedía que descansara. Yo lloraba y pedía a mi mamá... me inyectaron y dormí. Cuenta mi hermana que esta vez mi madre lloró muchísimo y hasta dudó del Ser Supremo.

Conservaba el mismo número: 1348. Fueron a decirme que había órdenes de que se me diera lo que yo quisiera, cigarros, refresco, café, etc. ¡Yo sólo quería salir!

Pasó algún tiempo y una enfermera monja le dijo a otra: "Qué extraño, esta enfermita llega muy mal siempre, pero aquí recobra la razón. Tal vez aquí no ve lo que ve allá". Me dieron la medicina y cerraron la celda.

Yo quería escaparme, estudiaba cómo podría hacerlo, pero no tenía acceso a nada. El pasillo era largo y grande, tenía muchas celdas, todas con rejas de barrotes muy gruesos. Al principio del pasillo había dos enormes rejas, y al final una, siempre cerradas a piedra y lodo. Ventanas no había, sólo tragaluces y con barrotes a una altura de unos tres metros.

Sucedió que un día nos sacaron al jardín, pues habían llegado unas alumnas de psicología a realizar sus prácticas, o ensayar, que sé yo. Nos hacían preguntas y nos pedían que dibujáramos algo. En el ínterin se abrió la puerta por donde metían los alimentos. Una camioneta entró a dejar leche y otras cosas. Al ver la puerta abierta, una de las internas, ni tarda ni perezosa se echó a correr como gamo y yo detrás de ella, no me importó que estuviera en bata. Las alumnas gritaron y los guardias empistolados y con silbatos detuvieron a la paciente que estaba cerca de la puerta. Yo corrí con el grupo de internas que ya se había alborotado, pero alguien alcanzó a verme y les dijeron a los encargados.

Me llevaron a ver el cuarto de electrochoques, donde, según ellos, si intentaba cualquier otra cosa, me los aplicarían. También

me enseñaron “la parrilla”, otro castigo que consistía en un cuarto muy angosto, por fuera de mampostería y por dentro con rejas y algo como aluminio, donde te metían parada y con camisa de fuerza y ahí te dejaban todo un día. Estaba en otro jardín, a la intemperie y se calentaba, de ahí el nombre; quedabas como esas carnes que ponen entre rejillas y a las brasas, eso era una tortura de la Inquisición, horrible, pero para ese entonces ya no le temía a nada ni a nadie.

Presentí como si tuviera que realizar una tarea a diario. Algo me movía a querer hacer algo, no sabía qué. No supe cuánto tiempo transcurrió ahí dentro. Tenía debajo de mi almohada unas estampitas que seguramente me regalaron y las pusieron en mi escasas ropas; una era de la Virgen de Guadalupe, otra de san Martín de Porres, y otra, creo, del Sagrado Corazón de Jesús.

Yo oía que en la parte de arriba caminaban de vez en cuando. Un día, tras la reja, vi a una monja que acomodaba ropa de cama en un clóset, pero vi que movía sus labios.

—¿Habla sola?

—Estoy rezando —me dijo.

—¿Todo el día rezan?

No me contestó.

—Es que murió mi papá y me avisaron hoy.

—¿Por qué no se va?

—No puedo salir por los votos que he jurado.

Entonces escuché voces arriba, como un coro, y le pregunté:

—¿Qué hay allá arriba?

—Cuartos de descanso y una capilla.

—¡Ay, madre!, ¿podría subir yo?

—Ven mañana a esta hora, yo te abro las rejas y subes, pero no digas que fui yo.

—Claro —le dije.

Yo estaba nerviosa. Esa tarde llegaron dos madres muy corpulentas, se puso una a cada lado y me dieron una cápsula. Pregunté

para qué era y me dijeron: "Tú tómalala". ¿Pero qué es? "Es Seconal; órdenes de tu médico." Me la tomé y en segundos me desplomé y ellas me llevaron a mi celda. Supongo que me dormí muy profundamente.

No sé qué horas serían de la madrugada, cuando sentí unas manos que rodeaban mi cuello. Era una mujer delgada que decía: "Te voy a matar, ahí viene el río". Habían metido a otra persona en mi celda que, en su delirio o no sé qué, repetía eso y me apretaba el cuello. Como pude, llegué a la reja de la celda y la aventé, sacudí la reja y empecé a gritar: "¡Me quieren matar, me quieren ahorcar!", en repetidas ocasiones y sin dejar de sacudir la reja. Lógicamente, se despertaron las enfermitas de las otras celdas y empezaron a oírse frases, oraciones, gritos, etc. ¡Eso sí era de locos! Entonces se oyó un estruendo de cadenas, abrir de rejas, y llegaron dos enormes hombres, tres monjas y enfermeras. Yo me aferré a uno de ellos y le supliqué que me llevaran a otro lado, porque la mujer que habían metido en mi celda me quería matar. El hombre le dijo al otro: "No le hagas caso, está loca como las otras".

Si supieran qué horrible se siente escuchar una cosa así, a sabiendas de que yo no estaba ni loca ni mintiendo... Pero sí estaba en un lugar para gente trastornada de la mente. A unas nos metieron a bañar con agua fría; a otras, como ya eran casi las cinco de la mañana, según oí, les aplicaron insulina, para apaciguarlas, porque ya era la hora. Me dieron dos pastillas para calmarme y me mareé. Después del desayuno, me llamaron: "La 1348 a su celda", y me tropecé y caí de rodillas. La enfermera me arrastró, y me metió a mi celda para inyectarme. Para mí fue un milagro que con tanta droga haya podido despertar cuando me iba a ahorcar esa mujer.

Para entonces, la cita con la madre que me abriría la puerta para subir a la capilla tenía un día de retraso, pero no se me olvidó. Fui a ver si la encontraba, y sí, ¡ahí estaba!, rezando y acomodando

el roperío. Muy quedo le dije: “Madre, aquí estoy”, y le conté lo sucedido, pero ya lo sabía.

Ella volteaba para todos lados y se asomaba hacia las escaleras. Me abrió y me dijo: “Subiendo, del lado izquierdo, está la capilla. Ya van a empezar los rezos”.

No recuerdo bien qué era, me metí a la capilla. Era chica, tenía unas cuantas bancas, su altar y un Sagrado Corazón de Jesús de bulto, grande, del lado izquierdo. Me hincué casi frente a Él. Los demás estaban en sus rezos y ni notaron que me había metido, porque también había otras personas sin hábito. No me percaté de que ya habían terminado los rezos y yo seguí absorta en la imagen del Sagrado Corazón, pidiéndole que me sacara de ahí. De pronto sentí una mano sobre mi hombro, volteé y vi a un sacerdote con su sotana negra. Me dijo:

—Mira cómo sangras de tus rodillas.

Miré al suelo, y como estaba hincada vi un pequeño charco. Me levantó.

—¿Cómo te llamas? ¿Qué te pasó y que haces aquí? No es necesario que hagas esto.

Yo, muy angustiada, contesté a sus preguntas y le pedí que, por favor, me sacara del hospital. Volteó para asegurarse de que no lo vieran, me tomó del brazo y me metió a su cuarto. Recuerdo poco, pero sí sé que estuvo haciéndome preguntas.

—Hija, tú no estás mal. Estás muy drogada, arrastras mucho la lengua al hablar. Dame el número de teléfono de tu casa y voy a llamar a tu mamá para que te saque de aquí.

Le tomé la mano y le pregunté su nombre, el cual no recuerdo, sólo sé que era de Chihuahua. Me pidió que no dijera nada a nadie y así lo hice. Se asomó, vio el camino libre y me dijo que me fuera rápido. Bajé y la reja estaba cerrada. Esperé que alguien se apareciera y me abriera. Llegó una enfermera que me dijo:

—Y tú ¿qué andas haciendo por aquí?

—Fui a la capilla a rezar.

—Pero tú no tienes permiso de salir del pabellón de los desahuciados...

—Sí, pero me dejaron subir unas personas.

Me metió a mi celda, me curó las rodillas y se salió. Esto fue por la tarde. Ya habían retirado a la enfermita que me quiso ahorcar. Al otro día me llevaron con el director del sanatorio, el doctor Falcón, y me interrogaron. Creían que había sobornado a alguien para subir a la capilla. Dije que a nadie le di nada y mandaron buscar en la celda. No encontraron nada, porque nada tenía yo.

No sé cuánto tiempo pasó desde la plática con el sacerdote, pero un día me llamaron: “La 1348 pase a su celda y recoja sus cosas porque ya está LIBRE”.

Mi madre y mi hermana fueron por mí. Me dijeron que el doctor Falcón no quería dar mi alta, pero mi madre y mi hermana fueron determinantes. Nunca contaron que el sacerdote las fue a ver y les dijo que yo corría peligro ahí, que no estaba demente, que me sacaran y que nunca más me llevaran a un lugar como ése.

Y así fue. Cuando salí de ahí me subí al carro y ni siquiera volteé.

Cierto tiempo después, un incendio acabó con el Sanatorio Falcón. Salió en los periódicos, y se hablaba de que había manejos turbios en ese lugar. Dios tiene muchos emisarios que nos ayudan sin que uno se dé cuenta. Yo sólo tuve mucha fe, no importa en quién o en qué. Para mí, Dios es mi todo, en todo lo que me rodea.

Mi reintegración a la vida —aún tomaba medicinas— fue horrible. En casa no sabían cómo tratarme, y mi mamá, desesperada, me llevó a ver a nuestro vecino, el ginecólogo Ramírez Soto. Al escuchar todo el relato, me dijo algo muy duro para mí: “Lourdes, usted es una drogadicta”. Le voy a quitar todos los medicamentos que toma, pero no se los van a esconder. Usted tiene la fuerza de voluntad para no tomar más esas drogas, y cuando sienta que va a flaquear, recuerde que el único que la puede salvar es Él”, y me mostró un crucifijo que sacó de la bolsa del pantalón.

Me pareció fácil, pero fue el infierno. No pude dormir durante un mes y días; eso es horrible. Mi cabeza estallaba del dolor, padecí fotofobia. El doctor Ramírez quiso que me revisara un oculista amigo suyo. Fui a verlo, se llamaron entre sí, y creo que estaba a punto de perder la vista. Estuve en un cuarto oscuro por no sé cuánto tiempo. Me decían que le rezara a santa Lucía para que me sanara los ojos; también tuve flebitis.

Un día me quedé dormida, pero dicen que sólo duró un minuto. Fue el comienzo de una lucha contra los medicamentos, por tratar de sobrevivir y volver a ganarme la confianza de mi familia. Supe que me dieron de uno a tres meses de vida por el envenenamiento que ya se había manifestado en mi cuerpo, como a través de moretones, desde la cara hasta los pies, vista borrosa, pérdida excesiva de peso, etcétera.

Cuando vi a mi padre, tenía el cabello totalmente blanco. Dicen que se puso así desde que supo que me internarían de por vida. Con muchos esfuerzos, indecibles, empecé a dormir, muy poco, pero al menos ya dormía. Mis hermanas empezaron a invitarme a salir poco a poco, también a ir a fiestas, y así me volví a reintegrar al mundo real.

No debo negar que me tuvieron que dar un calmante ligero, de los que no tenían que recoger la receta en la farmacia. Mis hinchazones seguían dando lata, no cedían, pero busqué trabajo como recepcionista y estuve en varios empleos. Entré a trabajar en la Torre Médica del hospital Dalinde y ahí me hicieron análisis gratis, biopsias de endometrio y un sinnúmero de estudios para ver el porqué de mis males. Un doctor de ahí me recomendó con un nefrólogo. Me explicaron que era el que estudiaba el funcionamiento interno del riñón. Fui a su consultorio, llevé todas mis radiografías, las examinó y nos dijo a mi mamá y a mí: "La tengo que internar por unos meses en la Unidad Metabólica del Instituto Nacional de la Nutrición. Soy el jefe de esa Unidad, así que la espero tal día".

Entré un lunes. El Instituto de la Nutrición estaba entonces en Dr. Jiménez, en la Doctores. Era un hospital todo cerrado, con un pasillo largo lleno de cuartos y las camas separadas por mamparas, pero la Unidad Metabólica era un departamento dentro del pasillo, con dos cuartos, un baño y su cocina. Me pusieron con una enfermita del riñón, se llamaba Paz. La primera noche tuve una horrible pesadilla, veía que los médicos me querían matar. Me despertaron. Al otro día, fue la dietista y me dijo: "Escoja entre estos tres menús el que más le guste, porque esto comerá durante los meses que esté aquí, para que no varíen sus estudios". Lo que escogí lo comí durante casi seis meses. Los análisis eran diarios y todo el día, con intervalos de horas, según el caso. Me sacaban sangre, me pesaban, pesaban mi ropa, me medían, tanto mi cuerpo como mi orina; en fin, me voltearon al derecho y al revés.

Aunque no podía salir, lo hice dos veces: con la enfermera, a misa, un domingo, y otra, el 10 de mayo. Ese día nos ofrecieron que si queríamos, nos podíamos quedar a ver una obra de teatro con Marga López, su hijo era uno de mis doctores. Yo mejor quise salir. Me dieron permiso de comer lo que quisiera. Todo quería. Íbamos mis hermanas y mi mamá, fuimos a un restaurante y me di un atracón de aquéllos.

El regreso al hospital era a las seis de la tarde en punto. A mí me pareció algo maravilloso; tenía como dos meses y pico de no salir. Me visitaban en los días permitidos, no mucho, porque mis hermanas trabajaban. Mi papá nunca fue, mi mamá cuidaba de mis hermanitos, pero sí llegó a ir. También las amigas. Así pasó el tiempo, hasta que el doctor me dio de alta.

Me llamó, me subió a un estrado, me senté. Había médicos tratantes, y el doctor Peña, director de la Unidad, me dijo:

—Ya se va a ir de este hospital. Aprendimos mucho de usted en todos los sentidos.

—¿En qué, doctor?

—Pues usted se arreglaba y estimulaba a sus compañeras de pasillo; cooperó en todo; defendía a sus compañeras de las enfermeras

que no las trataban “humanamente”, como usted dice; en fin, fueron unos meses en los que nos retroalimentamos ambos. ¿No lo considera así, Lourdes?

—Pues sí, ha de ser, doctor, pero no me ha dicho qué tengo, después de tantos análisis, radiografías, medicina nuclear y un gran número de estudios muy raros: que la prueba de la cera, que las cargas de agua, las cargas de sal, el escape a DOCA, etc. ¿Qué tengo?

—Usted tiene un edema idiopático —me dijo muy seguro de sí mismo.

—¿Un qué? ¿Me lo explica, por favor, doctor?

—Bueno, atendiendo a sus raíces grecolatinas, idiopático quiere decir que no se sabe el origen. Usted se hincha por algo hasta hoy desconocido para nosotros.

Yo me contuve, pero no daba crédito a lo que escuchaba.

—¿Tanto tiempo para nada? ¿Seguiré igual?

—Sí.

Supe muchos años después que tengo linfedema, enfermedad que hasta hoy no tiene cura.

Llegaron por mí. Les explicó el doctor el diagnóstico y nos fuimos a la casa. Llevaba una dieta balanceada y así seguí.

Entonces decidí estudiar inglés para encontrar un mejor empleo, y así lo hice. Para ese entonces yo tenía veintiocho años. Estudié un curso intensivo y después me propuso mi mamá que estudiara en el extranjero. Me fui a Washington, D.C. Estudié en un muy buen colegio por más de un año. Las cartas que recibía de mi papá me hacían llorar, porque deseaba que ojalá y por allá encontrara mi felicidad y ya no volviera más a la casa.

No hice caso a sus deseos y regresé. A mi llegada, mi padre me recibió con una bebé en brazos; era la hija de mi hermana Gloria que había nacido mientras estuve estudiando. Ya lo sabía; mi hermana ya no vivía con ellos. Yolanda, la más chica, también había tenido a su primer hijo; mis hermanos estudiaban. Mi papá estaba muy serio, nada me preguntó.

Busqué trabajo y lo encontré. Después de elaborar una solicitud llena de mentirillas, porque no iba a poner que había estado enferma tanto tiempo, les pedí favores a mis amistades para que dijeran que había estado trabajando con ellos. Así pasé ese requisito y me aceptaron en una empresa paraestatal muy grande.

Entré como recepcionista de las cinco gerencias, pero en menos de un año el director de la BSC de Londres solicitó mi cambio como su asistente. En el Departamento de Relaciones Industriales no les pareció porque había muchachas que sí eran secretarias y que hasta hablaban tres o cuatro idiomas. Ese puesto era muy codiciado, porque era de asistente del mero mero de los trescientos ingleses que ya estaban trabajando en México; además, el sueldo era uno de los mejores. Y me quedé.

Entre mis achaques me la fui llevando por tres años, con mis faltas por mis malestares, pero era muy trabajadora y cumplida.

No pude seguir ahí porque empezaron a mandar personal al Sitio, en Michoacán, y yo pedía un departamento para mí solita y no se pudo. Si me iba, tenía que compartir la habitación, y preferí renunciar.

Como al mes de haber renunciado, me llamaron para colaborar en la organización del Tercer Congreso Mundial del Agua, con la posibilidad de hacer viajes a Estados Unidos y dar ciertas explicaciones en las universidades, y así lo hice.

Mis males seguían. El Congreso se terminó, se empezaron a elaborar las Memorias; quedábamos pocos. En ese trabajo tuve un pretendiente que me seguía a donde iba y, como dicen “que el que porfía mata venado”, pues nos hicimos novios. Salíamos, me llevaba a casa, lo presenté con mi mamá, no con mi padre. En unos pocos meses me dijo que él pensaba bien conmigo, que quería casarse. Le conté a mi mamá, y ella me dijo; “Ay, hija, ese muchacho no me cae muy bien. Me parece muy zalamero. Tienes que conocer a sus padres. Además, recuerda, hija, que te he dicho muchas veces

que no vayas a tener nunca hijos, por favor. Tú ya has sufrido mucho, y tener hijos es una esclavitud. Sin embargo, tú decides”.

Él me decía que, cuando nos casáramos, él quería una niña que se pareciera a mí. Nunca le conté mi pasado. Un día descubrí que era casado, pero sin hijos.

Me enojé mucho y lo dejé.

Me sentía muy sola, triste. Mis papás se habían ido de viaje a no sé dónde. En la casa sólo vivíamos mi hermano Ricardo, que estudiaba una licenciatura, y yo. Cristóbal ya estaba casado.

Un día me sentí más sola en la casa, era por la tarde. Me imagino que me entró una depresión muy fuerte y no sé ni cómo me tomé todo un frasco de barbitúricos. Desperté en el hospital Dalinde. Dicen que llegó mi hermano Ricardo a la casa y fue él quien me llevó al hospital. Me lavaron el estómago. Me sentía terriblemente mal, es algo que no se puede explicar, entre culpabilidad y pena, decepción, soledad, no deseaba ver a nadie y quería huir de las miradas de mis familiares.

Mi papá llegó al hospital, pero no estaba enojado, no me dijo nada; el silencio muchas veces es peor que las palabras. Mi mamá no fue. Tiempo después supe que estuvo muy enojada y no deseaba verme. Del mismo hospital me mandaron un psiquiatra. Para variar, me hizo preguntas, me dio citas y antidepresivos. Dejé de verlo y proseguí mi fracturada vida. Encontré otros empleos y tenía que dejarlos por razones de salud.

Una mañana, como a las cinco o poco antes, tuve un sueño. Se me apareció un verdugo de la Edad Media, con capuchón y un hacha, y me dijo: “Tú nunca te vas a aliviar porque tu mamá te quiso abortar”. Desapareció y desperté con sobresalto. Vi el reloj y me dirigí al cuarto de mi mamá. Mi papá no estaba. La desperté y le pregunté: “¿Por qué me quisiste abortar?” Ella lo negó. Se sentó y me dijo: “¿Quién te dijo eso?”, y quiso llamar a su hermana para reclamarle. La detuve y le conté el sueño. No quería creerlo. Le dije:

“Sabes muy bien que he tenido sueños premonitorios y que, además, por parte tuya, mamá, existe este fenómeno paranormal. Así que dime la verdad”. Llorando me dijo que sí, pero que ella no sabía que era yo. La entendí. “Es que, hija, en aquellos años me sentí desesperada por el abandono de tu padre y todo lo que ya sabes de su otro matrimonio”. Le comenté que tal vez por eso yo tenía tan poca tolerancia al rechazo, y que siempre creí que no me quería ninguno de los dos.

Y así continuó mi vida. Seguí trabajando: a veces con novio, otras no; con propuestas de matrimonio, pero que no llenaban mi alma y no me casaba. No quería que me pidieran un hijo, temía casarme joven y que me lo pidieran.

Decidí un día, después de pensar y pensar, que yo quería tener mi propia casa. Me fui a vivir a un departamento de una recámara, con balcón a la calle, sala-comedor, cocineta, baño y cochera, en la colonia Del Valle, llegaba hasta mi balcón un árbol de jacaranda bello. Lo arreglé bien.

Ya para entonces trabajaba en bienes raíces, llevando clientes de México a Estados Unidos y, si compraban, mis comisiones no eran nada malas.

Cuando mi papá supo que me iba de su casa, me hizo una carta en una hoja de papel rayado, pero con el margen hacia abajo. Me decía que así la había empezado porque “las cosas que empiezan mal, mal terminan”, fue una de sus sentencias. Deseaba me fuera bien y que no hiciera de mi libertad un libertinaje. Que era muy difícil para una mujer vivir sola, que esperaba que no invitara a hombres a pasar a ese departamento y que no se me olvidara que nunca me sentiría sola mientras tuviera fe en Dios, etcétera.

Lloré mucho, pero mucho, y le dije que éstos no eran mis planes, que yo tenía principios morales, pero que tal vez era lo mejor para todos. Además, ya contaba con treinta y siete años y quería tener mi propio espacio. No dijo nada más. Para mí fue muy duro este diálogo con mi papá, pero era muy necesario dar ese paso. Al seguir

ahí, no le parecía que saliera con amigos o pretendientes, y encerrada en mi recámara leyendo o escribiendo mis poemas, o sacando fotos en Club Fotográfico, lo podía seguir haciendo, pero libre y sin presiones. Deseaba mi propio espacio, ya era justo.

Mi adaptación a vivir por mí misma fue muy fácil, siempre había sido así. Seguí trabajando en lo mismo hasta la privatización de la banca mexicana. Ya no hubo más viajes al extranjero y volví a picar piedra y a buscar trabajo. Por una amiga entré a trabajar a una galería de arte, “mi mero mole”, como dicen. Me encantó. Trabajaba medio tiempo como encargada de la galería; el sueldo no era mucho, pero me encantaba. De mi depa al trabajo. Mi turno era por la tarde, y ésa era mi rutina. Comía sola. En el edificio vivía gente muy tranquila, sin niños, nadie se metía con nadie.

Una noche, al salir del trabajo, llovía y había mucho tráfico, atorones, e iba pensando que me sentía sola. Me entró una gran melancolía y, al llegar a mi depa, caí en una superdepresión. Llamé a mi psiquiatra, le conté, y después de algunas preguntas, me mandó con un ginecólogo, ya que presentaba estos cuadros agudos cada vez que mi menstruación iba a llegar.

Así entré al proceso de climaterio y luego de menopausia; en mi caso tuve que ser hospitalizada porque se temía algún conato de suicidio. El último cuadro fue muy agudo en su fase de depresión. Fueron dos días y, en efecto, los exámenes arrojaron cero hormonas. Me seguí atendiendo y tomando antidepresivos, estrógenos y un ansiolítico. Mi papá salía de viaje, mi mamá lo acompañaba, y así pasaron algunos años. Mi papá ya se portaba mucho mejor.

Mi hermano Cristóbal es arquitecto y con el dinero de mi papá les construyó una casa en un hermoso fraccionamiento en el estado de Morelos, pero seguían viviendo en el Distrito Federal. La casa era bonita, rodeada de jardín y con alberca, árboles frutales, flores; se la pasaba uno bien.

Mis papás terminaron por irse a vivir a esa casa. Mi papá ya no trabajaba, mi madre lo seguía atendiendo. Hubo varias veces en que los visité y los encontré sentados en el jardín, pero sin hablar. Mi mamá viendo hacia el infinito; mi papá también. Yo le preguntaba a mi mamá que si no platicaban, y me decía que muy poco: “Así es tu papá, y cuando nos vamos de viaje no habla nada, muy pocas veces me contesta, pero a veces sí me platica algo”. Debo aclarar que, entre sus pleitos y mis enfermedades, mis padres viajaban y bailaban, y celebraron sus cincuenta años de casados. Pero siempre con sus altas y bajas. Es decir, todos crecimos con más malos recuerdos que buenos, y todos quedamos afectados de una u otra manera. Más bien desorientados y confundidos, viendo el contraste de odio y cariño, si a eso se le puede llamar cariño, entre mi padre y mi madre.

Seguí trabajando y un buen día decidí darme de alta con el psiquiatra. Me deseó mucha suerte, y me dijo: “Usted ya está lista para casarse”. “Sí —le dije—, pero a esta edad ya todos están casados”. Reímos y nos dimos un apretón de manos. Hasta ahora no lo he vuelto a ver.

Por supuesto, tenía uno que otro pretendiente, pero, como dije antes, casado y diciendo siempre las mismas mentiras: que no se lleva bien con su mujer, que se va a divorciar, que no era feliz, pero que se quería casar conmigo. Siempre les contestaba: “Mira, cuando te divorcies, me tocas a la puerta con tu sentencia de divorcio. Antes, nunca más nos veremos, porque yo no seré la que ocasione tal cosa”. Y de todos los que me dijeron eso, nunca apareció nadie a tocar mi puerta ni volvieron a llamar por teléfono. Conmigo no se dio tal falsa esperanza, sabía yo, por mi padre, que “el hombre promete para conseguir, y después de lo conseguido, nada de lo prometido”, así que yo sí apliqué tal consejo.

No he de negar que, deseosa de salir a conocer nuevos restaurantes e ir a bailar —porque me gusta mucho, dicho sea de paso, y me encanta que a mi mesa llegue un trío y me canten canciones

románticas—, aceptaba ciertas invitaciones de señores “cuzcos y mentirosos”, y luego los dejaba ir.

Por mi edad, ya no me era tan fácil encontrar trabajo, y una amiga le dijo a su hermana que yo andaba buscando. Miriam atendía las empresas de su esposo. Las oficinas estaban en la casa del papá de mi amiga, en las Lomas de Chapultepec, casa enorme y con muchos desniveles, en uno de los cuales estaban instaladas.

Miriam sabía de mis “cosas” paranormales. Ella es psicóloga y muy fanática de esos fenómenos y de su religión. Mi trabajo era por las tardes, y más que otra cosa quería que le “viera” sus negocios. En pocas palabras, me tenía como su pitonisa y eso no me agradaba, pero necesitaba el trabajo.

Sus amistades pertenecían a las altas esferas de familias muy conocidas en la sociedad y yo convivía con todas ellas tanto en comidas como en cenas; en su casa y en la oficina recibía la visita de los más altos jefes de la Iglesia, pero su conducta no coincidía con las enseñanzas de su religión. Por ejemplo, me pedía que fumara para que, si su esposo llegaba a la oficina, no sospechara de ella. La oficina era muy fría y el cigarro me afectó las cuerdas vocales, se me formaron nódulos que me tuvieron que operar y no tenía dinero ni Seguro Social. Cuando se lo dije, me aventó un cheque para ayudarme un poco, que en comparación con lo que les daba a los sacerdotes era una limosna; porque de esa manera ella estaba construyendo su camino al cielo. Tuve que vender algunas cosas mías porque la operación era urgente, mi voz se había ido. Me operaron, salí bien y me fui a mi departamento. Mi mamá estuvo unos días, y yo sin hablar por la operación.

Me hablaban por teléfono mi mamá o mis hermanas y les contestaba con una campanita, un “tilín” era “estoy bien”, dos “estoy mal”, y así la pasé. Me iba a trabajar con Miriam de archivera, pues necesitaba el dinero. Duré poco tiempo porque se me complicó

la recuperación del habla y tuve que permanecer seis meses sin emitir sonido alguno.

Me fui a casa de mis papás por un tiempo, pero a mi papá le resultaba un poco incómodo; regresé a mi departamento. Aprendí mucho en mi silencio, estuve en contacto con mi interior, analicé el comportamiento de las personas. Creen que el que no habla es sordomudo, y aunque escribía lo que deseaba, unos no entendían lo que les pedía. Me decían groserías, como “no le entiendo a la letra de esta pinche sordomuda”, y les escribía: “No soy sorda, estoy operada”. No fue nada fácil, pero finalmente, con mi férrea disciplina, volví a hablar; sin embargo, no he quedado del todo bien.

Me pasaba algunos fines de semana en la casa de mis papás allá en Morelos. Cuando mi papá le contestaba feo a mi mamá, yo le decía: “¿Y por qué no te quedaste con Bertha?”, él se callaba y no me decía nada. Esto se repitió muchas veces. También el reclamo a mi madre porque no me quería, por querer abortar y ser la causa de mis males. Creo que al final fui la piedra en el zapato para ambos, pero ya lo digerí y pedí perdón en su momento. Tal vez al saber que yo ya no saldría de ese sanatorio Falcón, mi padre dejó de pegarle a mi madre y de darnos una mala vida, pero el daño que nos causaron fue irreversible.

Procuré no llegar a sentir rencores y odios. Con los años que llevé el tratamiento psiquiátrico y las reflexiones a las que me llevó el último psiquiatra, llegué a entender y comprender el porqué de la actitud en cadena de ciertos seres humanos, en este caso mis papás, y que la sumisión también obedece a una conducta enfermiza y autodestructiva, o como la llamen los expertos. El caso es que me doy cuenta de que aun con las instituciones que existen hoy, hay muchos seres humanos que se dicen “padres o madres”, que se siguen llevando “entre las patas” los destinos de sus hijos, y con cualquier pretexto vano, no acuden a solicitar ayuda. Hoy ya es posible hasta denunciar anónimamente, pero la conveniencia

(disfrazada de miedo) puede más que sus propias vidas. Y así van deteriorando los conceptos de matrimonio y amor.

Visitaba a mis papás, les decía que en mi corazón llevaba muchos hijos, que eran mis sobrinos y les dije: “Yo me voy a casar algún día con un hombre que sea bueno, viudo con hijos ya grandes y que se dedique a mí y yo a él”. Mi mamá se rio y dijo: “Oye, Cristóbal, a tu hija. Casi no pide nada”. Mi papá, sin mirarme, viendo hacia lo verde del campo, dijo: “Sí, hija, sí se te va a conceder”, y no dijo nada más. Mi mamá y yo nos miramos y le dije: “¿Ya ves, mamá, que sí?” Por supuesto, yo no tenía pretendiente y mucho menos novio, pero sí me imaginaba que algún día me encontraría con alguien así, pero tenía que ser europeo o hijo de algún migrante europeo de perdida.

Me puse a trabajar en bienes raíces, y había veces que pasaba las de Caín, pero no le comentaba a nadie, ni a las pocas amigas que tengo. Oraba para tener la sabiduría y salir adelante. Tuve una compañera que trabajaba en lo mismo que yo, y la tuvieron que operar. Me encargó un departamento que le habían dado para rentar, cerca de donde yo vivía, en la misma colonia Del Valle. Era finales de noviembre de 1998. Puse un anuncio en el Segunda Mano. Me hacía llamar señora, aunque según yo el señorío se gana, y el título de señora sólo por estar casada para mí no tenía valor, ya que vi y seguía viendo cómo lo deterioraban la mayoría de las mujeres. Y esto lo veía en todos los niveles económicos, y muchas con títulos profesionales. La profesión y la cultura no impiden cometer errores y arrastrar cadenas de genes como única herencia. Hago esta aclaración porque, con el anuncio, me llamó, entre otros, un señor que me dijo así:

—Señora Flores, habla el señor Freeman. Soy hijo de ingleses, estoy viudo desde hace catorce años, tengo tres hijos ya casados y acabo de vender mi casa en el Pedregal. Me parece que el departamento que usted renta se ajusta a mis necesidades. ¿Me lo puede mostrar?

—No, señor Freeman.

—¿Por qué, ya lo rentó?

—No es eso, es que las casas del Pedregal son enormes y los muebles también. No cabrían en este departamento, aunque está muy amplio.

—Pues fíjese que vendí todo y me voy a comprar todo nuevo.

—Ah, entonces sí se lo muestro.

Me pidió verlo el sábado 5 de diciembre a las doce en punto, y advirtió que él era una persona muy puntual. Le contesté que yo también.

A las doce del día los dos estábamos en la esquina del edificio de sólo tres pisos, departamento por piso. Abrí la puerta y subimos al tercero.

Se lo mostré, le agradó. Me pidió verlo nuevamente, ese mismo día, pero a las siete de la noche porque quería escuchar si era ruidoso. Le dije que sí. “Si gusta —me dijo—, puedo traer a mi hija para que no tema. O si prefiere traer a su esposo o a alguno de sus hijos...” Le dije que estaba bien así.

Finalmente, se quedó con el departamento por un año, ya que pensaba jubilarse e irse a vivir fuera del Distrito Federal, porque ya la contaminación lo estaba dañando. Por agradecimiento, según me dijo, tenía por costumbre dar las gracias invitando a comer. Así lo hizo, primero invitó al dueño del departamento y luego a mí.

Era diciembre, y me fue bien en comisiones, pues había vendido y rentado el depa. Decidí ir con mis papás a pasar el resto del mes por allá. La pasamos bien, llegaron mis hermanos y hermanas con sus respectivas familias; mis sobrinos me preguntaron justo ese mes: “Tía, ¿por qué no te has casado?, ya cástate”. Estábamos en la mesa mi sobrinada y yo, y les dije: “¿Quieren ver mi álbum de pretendientes y novios que he tenido desde joven?”, y todos a una sola voz, contestaron “sí”. Sus edades fluctuaban entre los siete y

los trece años. Después de ver las fotos y contarles las historias, les dije: “¿Quieren que me case para el año entrante?” “¿Con quién, tía?”, y les inventé que tenía por ahí un pretendiente y que tal vez sí habría boda y los iba a invitar. Mi papá pasaba por donde estábamos platicando, veía de reojo y no hacía comentarios. Pasó muchas veces y no dijo nada, pero muy serio, como siempre, y con el entrecejo fruncido.

Estuvimos hasta el 3 de enero de 1999 en la casa de Lomas con ellos. Mi hermano Cristóbal regresó con su familia a Cananea, Sonora; Ricardo, a Oaxaca; Yolanda y Gloria, con sus familias, y yo, al Distrito Federal. Mi hermana Gudelia ya tenía tres años de haber fallecido, y mis sobrinos se fueron con su papá, pasaban esos días en Tepic o en Guadalajara. Siempre me han causado una gran melancolía o tristeza y hasta depresión las despedidas.

Llegué a mi departamento a continuar con mis ventas. Acepté la invitación de ir a comer con el señor Freeman, quien me dijo que si quería llevar a mi esposo no había problema. Le dije que lo tomaría en cuenta.

Salimos a comer a un restaurante muy inglés y me preguntó en qué trabajaba mi esposo. Le dije que era divorciada. “¿Tiene hijos?” “Se me murió”, le contesté, y no siguió preguntando. Me llevó al departamento y me dijo que me invitaría otro día.

Un día me llamó, y me invitó a comer y fijamos la fecha. Me caía bien, platicábamos de cualquier tema y era muy respetuoso. Me decía que aún no se había cambiado del Pedregal al departamento.

El 11 de enero, recibí una llamada por la noche. Era mi hermana, para avisarme que mi papá se había caído y que no estaba bien. Me fui con Gloria y mi sobrina, pasamos a la casa de mi hermana Yolanda para llevárnosla, pero salió a decirnos que mi papá había muerto. Yo me desquicié, lloré a raudales. Tuvieron que darme un calmante. Todo el trayecto fui llorando, no sentía consuelo en lo que me decían. Llegamos a la casa y estaba un

guardia del fraccionamiento cuidando a mi madre. Bajé del carro y me fui hasta la recámara. Ya lo habían vestido. Me fui encima de él. Gritaba, lloraba y le besé las manos. Fue la primera vez que sentí la cercanía de mi padre sin miedo; aún siento en mis labios la suavidad de su piel. La pérdida de mi papá me dolió tal vez como a cualquier otra persona. Yo, muy veladamente, llegué a quererlo. Vivió con una gran soledad y depresión por su infancia, y dicen que infancia es destino.

Sus cenizas las conservó mi mamá. Por estar yo soltera, me quedé al cuidado de ella y me la llevé a vivir a mi departamento. Cada ocho o quince días nos turnábamos para llevarla a su casa.

Mi cita con el tal señor Freeman fue involuntariamente cancelada y ni avisarle pude, pero lo hice después y le expliqué lo sucedido. Respetó mi duelo y en febrero me volvió a invitar. Salí, le dije a mi mamá, y ella sólo me decía que sí. Nos hicimos novios. Medio a la antigüita y medio a lo moderno.

Me invitaba a salir a Cuernavaca, Ixtapan de la Sal, etc. Un día me fijé en el reloj que traía para ver la hora y para mi sorpresa vi que la marca era María Lourdes. Me extrañó porque él era director de una de las firmas más reconocidas internacionalmente en relojería y joyería fina. Debo aclarar que, en realidad, en mi acta de nacimiento aparece mi nombre como María Lourdes, de seguro no revisaron que faltaba el de, error de dedo, y peor porque nos registraron por docena después de varios años. Extemporánea, pero, por ley, sí existo.

Guillermo y yo seguíamos saliendo. Yo sufría angustias porque tenía que ausentarme y mi mamá vivía conmigo; aunque no le pedía permiso, sí le avisaba. No estaba acostumbrada a eso y me daba vergüenza.

Pasaron los meses. Mi mamá nunca me preguntaba nada, sólo me miraba si yo le comentaba algo. El 10 de mayo de 1999, mi sobrina Alicia y yo les celebramos el día de las madres a mi mamá y a mi hermana Gloria y nos fuimos a comer a un restaurante,

escuchamos música, tomamos vino, y se me ocurrió hablarle por teléfono a Guillermo para invitarlo. Sí fue y le presenté a parte de mi familia, sobre todo a mi mamá. Estuvimos un rato más y nos fuimos.

Guillermo ya no tenía padres y sus hijos ya hacían su propia vida. Yo seguía en mi trabajo de bienes raíces y solamente los fines de semana nos veíamos. A finales de junio fuimos a Yautepec, Morelos. Comimos, subimos al auto e íbamos muy lentamente, mirando el verdor del lugar. Escuchábamos música y me preguntó muy suavemente: “¿Quieres ser mi esposa?” Yo no me emocioné, pero le dije que sí. Tuve que contarle todo mi pasado. Me escuchó y me dijo: “Yo sí te cumpliré, no temas”. Le creí. La fecha de la boda se fijó para el 13 de noviembre del mismo año. Teníamos cuatro meses y días para arreglar todo. La iglesia puso todos los peros del mundo, que si la fecha, que si las amonestaciones, que si la iglesia debe corresponder al domicilio donde uno vive, que no había sacerdote, etc., y eso no me gustó. En la presentación de la iglesia conocí a dos de sus hijos, los varones. Se enviaron las invitaciones y, ante tanta objeción, terminamos casándonos en el jardín de la casa de mis papás por lo civil y, como templo, la bóveda celeste.

Los invitados fueron pocos, los más allegados y queridos, los hijos de Guillermo —ahí conocí a su hija—, mis hermanos, sus familias y seis amigas con sus hijos y esposos. El día estaba tan radiante como yo me sentía. Desde los cuatro meses anteriores gozamos los dos de los preparativos siempre juntos y de común acuerdo. Yo tenía cincuenta y seis años y él sesenta y tres, jóvenes para iniciar un amor maduro.

Ya habíamos alquilado una casa cerca de la de mi mamá para darle un vistazo en su vejez. Este alquiler fue por un año justo, porque Guillermo construyó nuestra casa. Él tiene dos carreras: contador público e ingeniero. Al término de la construcción nos cambiamos. La casa es grande, bonita y con una recámara especial con

todos los servicios dentro. Me dijo: "Ésta será para mi suegra, ya que no debe vivir sola por su edad". Y así fue.

Los contrastes de la vida son increíbles. Guillermo se educó en el seno de una buena familia, con valores donde no supo de malos tratos nunca, sólo lo cotidiano; pero pienso que tuvo que aprender de alguna manera a conocer el dolor, aunque no en él directamente. Su primer matrimonio no fue color de rosa, todo lo contrario, tuvo pocos años felices, pero al separarse, porque nunca se divorció, ella se fue a vivir con otra pareja y terminó suicidándose, como todos en la familia de ella lo hicieron.

Él es muy noble, se extrañaba de que yo casi no sonriera y no fuera cariñosa, que no lo abrazara, pero con el tiempo él me fue enseñando ese mundo desconocido para mí.

Hemos cumplido doce años de estar juntos y llevamos una grata convivencia llena de amor, respeto y armonía.

Mi mamá vivió con nosotros por unos años, con intervalos cortos en los que mis hermanos me suplían mientras nosotros salíamos. Se fue y aún me duele mucho su partida, pero sé que se fue tranquila, porque me confió a mí su última voluntad y se sentía segura de que yo tuviera un compañero. Lo quería más a él, creo, que a mí, porque mi manera de ser y mi carácter no eran muy dulces y me decía que era yo dura, pero buena. Yo le respondía: "Mamacita, sólo puedo dar lo que recibí. Tú no fuiste muy cariñosa que digamos", y me acariciaba las manos y me decía: "Sí, mijita, no soy muy cariñosa, pero tú eres mi fuerza". Qué ironías; a la que quiso abortar... con ella terminó los últimos días de su vida.

Como humanos somos imperfectos, a veces crueles, pero nunca desaparece en nosotros ese sentimiento al que llaman amor. Yo he amado mucho aun en mis peores momentos. Como mi madre no nos enseñó a guardar rencores ni a odiar ni a conocer la envidia, eso me ayudó enormemente en momentos tan difíciles para mí, y cuando todo me parecía adverso, más me aferraba a Dios.

Después de años de terapias supe que todo en esta vida es una enseñanza y que nadie está exento de experimentar lo bueno y lo malo. Hay que probar la hiel para saborear las delicias de la miel, pero hay que trabajar mucho, porque si cuesta trabajo nacer, también cuesta trabajo morir.

Hoy Guillermo y yo, sin tropezarnos, caminamos de la mano siguiendo el arcoíris, pues la tormenta ya terminó. Guillermo tiene setenta y cinco años y yo, sesenta y ocho.

La ciencia y la parapsicología no se llevan. Eso no importa cuando no deseas que lo que te acontece en el campo de lo paranormal lo crea nadie, es tu vivencia única y unipersonal. Digo esto porque, estando ya casada y viviendo en nuestra casa, un día, como a las cinco de la mañana, una fuerte luz, proveniente de una puerta que daba de nuestra recámara al jardín trasero, me despertó. Me senté en la cama y me quedé inmóvil. Esa poderosa luz envolvía a mi padre que, tal cual era, me volteó a ver, vio a Guillermo que dormía, sonrió y con los brazos cruzados, iba caminando. Con la mano me hizo un ademán de adiós, cruzó el mosquitero y desapareció. Inmediatamente desperté a Guillermo, pero él no vio nada porque estaba dormido. Nunca más lo volví a ver. Lo que Guillermo me dijo sin conocerme cuando quería ver el departamento en renta, nadie nunca me lo había dicho. Me describió detalladamente su vida, según él, porque quería que no le pusieran peros para rentar, y que al ser él solo no se estropearía el departamento. Pero resultó justamente lo que años atrás les había dicho a mis papás como condición para casarme. Luego, el reloj con mi nombre, que por cierto dice que lo compró un mes antes de conocernos, en un puesto en el piso de la Zona Rosa, le gustó por los números y la forma redonda, y lo mandamos a enmarcar como testigo.

En fin, con esto no quiero que se crea que lo que me ha pasado como coincidencia parezca extraordinario. No es ésa mi intención,

pero sí me parece que las coincidencias en nosotros estuvieron muy bien elegidas y marcadas. Gracias, Señor.

Historias de vidas hay como humanos existimos. Cada uno siente que lo que le pasa es muy grande o muy doloroso y sí que lo es porque nadie vive lo de uno más que uno mismo. Hoy, en este siglo, existen ya muchos lugares para hacer denuncias, para encontrar ayuda psicológica, leyes y un etcétera muy grande; sólo falta que nosotras, las personas, sin miedo y sin fijarnos en el qué dirán, acudamos a estas instituciones para solicitar ayuda y poder así gozar de los colores del arcoíris, porque al final sí hay un tesoro que todos nos merecemos y que nos está esperando. Para ganarlo hay que trabajar mucho en todos los aspectos y está en cada uno de nosotros ponerle nombre a ese tesoro según sea el proyecto de vida que uno diseñe para sí mismo. El mío se llama Guillermo Freeman, y si volviera a nacer, me volvería a casar con él. Hoy el lienzo de nuestras vidas lo pintamos los dos, y en el libro de la vida escribimos cada día lo que nos dicta Dios.